



COSITAS ANTIGUAS

Por Carlos Robreño

LA HABANA DE OTRAS NOCHES

RESULTA innegable que el movimiento revolucionario que dió al traste con el régimen machadista no sólo llevó sus drásticos efectos a los aspectos económicos, sociales y políticos de nuestra estructura ciudadana, sino que hizo sentir también su influencia radical sobre otras fases de la vida cotidiana del cubano. Al menos, aquella Habana nocturna de ribetes bohemios, reminiscencias de escenas parisinas que describiera Murger o del Madrid ochocentista que cantaran Bretón y Chapi, pareció huir para siempre de nosotros al escuchar el estampido del primer petardo o contemplar el igneo fulgor de la "recordada" en funciones vindicativas.

Ciertamente aquellas noches capitalinas tenían, quizás dentro de un costumbrismo aldeano, un suave encanto. Al terminar las funciones en los distintos teatros cercanos al Parque Central, las familias que habían acudido a ellos, se detenían en los salones de los dos restaurantes situados en la Acera del Louvre, para apurar algún refrigerio antes de dirigirse al hogar. En los portales, la juventud masculina esperaba impaciente el desfile de bellezas para dar buena muestra de su galantería.

Ya al filo de la media noche, a la hora en que salen a la calle los duendes y fantasmas y se retiran todos los "pesados" que circulan impunemente bajo el sol de las tres de la tarde, el jubileo cesaba y los trasnochadores atravesaban la adoquinada vía para plantar en pleno Parque Central sus imaginarias tiendas de campaña.

¡Qué agradables las horas que transcurrían bajo el palio estrellado de nuestro cielo, en aquellas peñas e improvisadas tertulias de distintos matices!

El cómico extranjero recién llegado, pero ya mimado del público, preside una pequeña reunión integrada por otros artistas de afuera o nacionales. Y se cuentan mil anécdotas. ¡Aquel debut en Badajoz! ¡El "Tenorio" que hicimos en Bilbao! ¡La "pita" que nos dieron en Segovia!

A pocos metros, un grupo de hombres de letras marca apostillas a un libro de Unamuno, ríe epigramas o trata de encontrar la solución de la última charada de Novejar que publicada en "Blanco y Negro".

Dícese que en una ocasión, uno de los componentes de esos grupos selectos, el conocido literato Aniceto Valdivia que firmaba sus finas crónicas con el pseudónimo de "Conde Kostia" recibió, desde París, un libro que le enviaba un amigo. Se trataba de "Cyrano de Bergerac". Y cuando todavía la producción de Rostand, que había de obrar el milagro de resucitar un género que ya se creía desaparecido, no había sido vertida a ningún otro idioma, los habaneros dilectos sabían por labios de Aniceto Valdivia, que noche a noche recitaba

traducida al castellano sus más bellas estrofas, cuál era el temple de los cadetes de Castell Jaloux y no ignoraban que "un beso es el punto color de rosa sobre la "i" del verbo "amar", que en francés se escribe "aimer".

Formaban círculos aparte, jóvenes, en edad estudiantil, que venían de un baile celebrado en algún centro regional y se contaban mutuamente sus aventurillas galantes y en un extremo aislado cerca de uno de los quioscos de frita que en aquel entonces había en dicho parque, una pintoresca reunión integrada por individuos que no eran ni literatos, ni artistas, ni estudiantes, Hombres, conocidos apenas por sus alias, que habían hecho del amor una profesión lucrativa y al terminar la tarea cotidiana se concentraban para cambiar impresiones y juzgar la situación económica del país de acuerdo con el balance de sus ganancias del día.

Pero nadie molestaba a nadie y entre uno y otros grupos cruzaban sonrientes el vendedor de tamales, con picante y sin picante, el de los cartuchitos de mani y el vigilante de posta.

* * *

Horas más tarde, algunos trasnochadores se sentían agujoneados por Morfeo y se retiraban a sus casas, dejando para mañana la solución de aquella charada con un "prima-dos" inaccesible y otros, sintiendo en sus estómagos la necesidad de un reconfortante refuerzo, iban a buscarlo en el cercano café "El Ariete" o en el más distante "Industriales", situado en un costado de la antigua Plaza del Polvorín, donde actualmente se alza el Museo de Bellas Artes.

Y los bohemios sempiternos que aún quedaban en pie, con las pupilas muy abiertas, levantaban su campamento y emprendía la alegre caravana su marcha, Prado abajo, para saludar la aurora junto a la Glorieta de cemento que se hallaba en el otro extremo de aquel viejo Paseo que se asemejaba a las Ramblas barcelonesas, a pocos metros del Malecón, frente al vetusto Castillo de Morro.

Y se reanudaba la charla, juguetona, picaresca, en donde el chisme apenas rozaba la epidermis de la víctima. En el grupo también había una linda muchacha que no se sabía si era artista, literata o cocotte. Mujer de nadie y compañera de todos permanecía sin pestañear apenas junto al grupo, hasta que por los viejos bastiones de la Cabaña asomaban los primeros rayos del sol del nuevo día.

Al cafetín cercano se iba a tomar el café con leche con pan y mantequilla, que no sabemos si era cena o desayuno. A la hora de pagar faltaban algunos centavos. No importaba. Aquella linda mujercita que no se sabía si era artista, literata o cocotte y que ignoraban si se llamaba Mimi o Mussetta extraía de la cartera el resto y abonaba el total.